

Sección Primera.

Precursores y Apóstoles de la Independencia

LIBRO I.

EL PADRE SERVANDO TERESA DE MIER.

CAPITULO I.

El Nuevo-Reino de León y Monterrey á fines del Siglo XVIII.

En el año de 1810, en que da principio nuestra historia, se hallaba en completa quietud el *Nuevo Reino de León*, que fundado por un puñado de aventureros (1557-1569), había realizado progresos lentos, pero constantes. Tres mejoras, implantadas á fines del siglo XVIII, permitieron á los escasos habitantes de estas regiones (1), tenerse por más bien unidos al Centro y demás partes integrantes de la Colonia. Esas mejoras fueron: el establecimiento de las *Compañías Presidiales*, el de la *Sede Episcopal*, y la *División de las Cuatro Provincias Internas de Oriente* (2). Sintiéndose mejor protegidos en su lucha tenaz contra los bárbaros, los habitantes de este *Reino* pudieron consagrarse con mayor decisión á su mejoramiento material y moral; cuando un acontecimiento vino á turbar lo que semejaba un sueño: tan lentos eran los progresos durante las dos centurias de Vi-

da colonial. Ese acontecimiento fué el más trascendental de los que pueden agitar á los pueblos, el de su independencia ó vida autonómica.

Porque, en efecto; no obstante su quietud, fermentaba la levadura revolucionaria en una provincia que se regía como á voluntad de sus señores (1), y en que el pésimo sistema de *encomiendas* había dado lugar á una guerra sorda, á una profunda rivalidad, entre *indios, criollos, ó meztizos, y recién llegados españoles*; rivalidad que solo esperaba una ocasión para estallar, como estalló en 1,810, comunicándose rápidamente al Nuevo-Reino el fuego que se encendió en el centro de la Colonia.

Bastó, así que se presentara el Teniente de Hidalgo, el inolvidable Jiménez (13), para que el llamado Nuevo-Reino se alzara todo en armas, arrastrando en su insurrección, cual torrente desbordado, al mismo Gobernador, con sus principales autoridades civiles y militares. No desmentía, pues, nuestra provincia aquel natural ardimiento, reconocido ya por los Cronistas del Siglo XVIII, y el temple de su carácter, su amor á la independencia, la democracia, la libertad y la república, de que ha dado señaladas pruebas en tiempos posteriores! . . . (4).

Mas, los trascendentales hechos de que fué teatro el Nuevo-Reino á partir de 1,810, hasta el año de 1,821, en que se consumó la independencia de México y de casi toda la América española, eran como el eco ó corolario de todos aquellos sucesos que habían conmovido profundamente al mundo, desde la formación de los "Estados Unidos del Norte" é incidentes cruentísimos del terrible drama que se desarrollaba en la poderosa y culta Francia, lleno de todo el horror sublime de la tragedia clásica; eran, en fin, la consecuencia necesaria, legítima, de las nuevas concepciones políticas y religiosas, que en los labios de los precursores y apóstoles adquirían la fuerza bastante para transformar á los pueblos y las naciones, dándoles la conciencia de su propia fuerza y sus derechos.

En esas luchas altísimas y formidables de la idea, que destruyen y arruinan, que dignifican y elevan, tocó al Nuevo Reino de León la gloria de producir, en el tiempo oportuno y providencial que rige y

preside la humanidad progresiva, á uno de esos apóstoles fervientes y apologistas incansables de la *Buena Nueva*, del Evangelio Político de los pueblos; y tocó á la pequeña Monterrey de entonces [5] el alto honor de dar á la patria, y al mundo hispano-americano, al propagador más ardiente, al defensor infatigable de la independencia de los pueblos, de los imprescriptibles derechos de guiarse y regirse por sí mismos, conforme á la propia soberanía indivisible; que solo así puede cumplirse el alto destino humano, dándole plenitud y variedad con los órganos diversos y necesarios del Progreso!

Conviene detenerse aquí por cierto tiempo: que casi todo nuestro movimiento, que bien pudiéramos llamar político-literario de los años anteriores á nuestra Independencia, hasta el de 1824, se condensa y sintetiza en los luminosos y brillantísimos escritos del varón esclarecido que llevó el nombre de Fr. Servando Teresa de Mier, y que cupo á Monterrey la gloria de haberlo producido.

Mas, ¿cómo pudo ser que en el seno de aquella rudez de los escasísimos habitantes,—que no llegaban á un millar,—se despertara y comenzara su desarrollo aquel genio incomparable que extendió por el mundo culto su envidiable fama, y cuyos merecimientos superan á cuanto ofrece la historia de la cultura literaria de su tiempo entre los desamparados criollos, objeto de tan dura opresión en tan triste época? ¿Cómo pudo ser que en aquel agreste pueblecillo, no el que nacieran,—pues que el genio no puede ser el patrimonio de un punto determinado del espacio,—sino el que se despertaran y determinaran las tendencias del hombre extraordinario, que como orador sagrado y político, como filósofo profundo, como concienzudo historiógrafo, como erudito humanista, y polemista incontrastable, extendiera luminoso su nombre por el mundo, y marcara en la historia huella imborrable! . . . Ello tenía que ser en las aulas, y así fué: que las escuelas son en cualquier lugar y cualquiera época, la antorcha en que se enciende la luz del pensamiento!

No obstante su pequeñez é insignificancia, la ciudad de Diego de Montemayor, como metropolitana y como Sede episcopal, contaba en el último tercio del siglo XVIII, con esas antorchas vivas que encienden la idea, y que iluminan y enderezan, encaminando fáciles el

sentimiento y la pasión, por los altos espacios del destino humano; contaba ya con escuelas [1], donde muchos de los que formaron nuestro Congreso local y federal de 26, bebieron en esas fuentes del saber el anhelo grande y noble de libertad, de progreso, de república y democracia: levantados ideales de las almas grandes, altas, bellas, nobles y cultas, cualquiera que sea el valor real de esas sublimes concepciones! Y en aquellas escuelas bebió Fr. Servando; si no teorías, sí cultura y anhelos de saber, que bastaron para que su espíritu, abierto á toda impresión elevada, caminara, una vez dado el impulso, por los espacios infinitos de la cultura general y humana, y obtuviera el aplauso de la posteridad agradecida!

Así, las postrimerías del siglo que inauguró el de las revoluciones y la era de las nacionalidades, con los nuevos ideales religiosos y políticos, sorprende al joven, al futuro sabio y héroe, en la capital del Virreinato, y ya religioso dominico: famosa Orden de predicadores y catequistas de otro tiempo, en que se contenía el *poder inquisitorial*; podredumbre cuyo baldón, escritores políticos y religiosos, á porfía, quieren arrojar sobre la suspicacia y despotismo del Poder opuesto; y lo sorprenden joven, con su conciencia y pensamientos atormentados por dudas profundas y anhelos infinitos [1], testigo de la soberbia de los recién llegados españoles, y objeto del menosprecio como *criollo* de los eternos explotadores de la América; nutrido con la ciencia tradicional de la Teología y la Escolástica, cuyas armas y fuerza volvió de modo terrible,—como lo veremos después,—contra los déspotas y supersticiosos perseguidores. Y convencido de la alteza de los ideales que perseguía, dió un primer desahogo á la independencia de su espíritu altivo y lastimado en el celeberrimo sermón, pronunciado en la no menos célebre *Colegiata*, en el que, repleto de erudición y de ciencia, y con gran acopio de razones, protestaba contra la tradición y arrojaba definitivamente, en esa pieza, el guante á la opresión religiosa de su tiempo, para terminar á los veintisiete años de luchas, persecuciones, destierros y combates, á ver realizada la obra magna de la Independencia Nacional. En ese discurso, admirable por su fondo y por su forma, y en que concreta su pensamiento de protesta del criollo altivo y valeroso, contra la supersticiosa creencia de su

tiempo, sintetiza todo el esfuerzo de un espíritu elevado que busca imparcialmente la verdad, y es la muestra más acabada y perfecta de lo que es, y debe ser, la *Crítica* histórica, tal como se sigue y se practica por los sabios historiógrafos de nuestro tiempo. Y como ese discurso sagrado, además, es el primer grito escapado de un altivo criollo contra el duro despotismo de los opresores del Anáhuac y la América-hispana, procede examinarlo detenidamente, para marcar de modo definitivo nuestra tarea en estos Apuntes de "La Historia de la Literatura de Nuevo León" durante la centuria que termina en 1910, primera de nuestra Independencia. Mas, como el asunto es importante, será, juntamente con las demás obras literarias del neoleonés ilustre, objeto especial de varios de los capítulos siguientes de esta Historia.



Capítulo II.

EL SERMON DE LA COLEGIATA.

PUNTOS GENERALES.

En el discurso parlamentario que el patriota y esclarecido varón, pronunciara 27 años después, como Diputado de Monterrey, en el Congreso de la Unión [1],—sobre el que tendremos que volver,—explica, comenta y resume de mano maestra el *Sermón de la Colegiata*, que había dado origen á su excelsa y gloriosísima carrera, puesto que aquella grande alma había sabido convertir los sufrimientos que engendra la persecución sañuda, los rigores del despotismo, y el desamparo de víctima frente á la más suspicaz y cruel de las tiranías, en el verbo del apóstol, la palma del mártir y los lauros del héroe!

En ese discurso, el más noble, sencillo y elocuente de cuantos se conservan de aquel hombre extraordinario, resume el pensamiento fundamental del sermón, suponiendo que “la América, no más pecadora que el resto del mundo, entró también en el plan de Redención del género humano: pues que habiendo Jesucristo mandado á sus apóstoles á que anunciaran esa Redención á toda criatura que estuviere bajo del cielo, en el mundo entero, hasta lo último de la tierra”, precisamente debió venir uno siquiera, á la mitad del Globo, á la parte mayor del mundo, que es la que habitamos: de donde dedujo que

bien pudiera ser Santo Tomás el que los indios llamaron, según la tradición *Tomé, ó Santo Tomé*.

Las pruebas que aduce en apoyo de esa tesis, en su sermón, son de aquellas que tienden á dar un carácter científico á la religión cristiana, adelantándose en ello á todos los oradores sagrados de la América latina en aquel tiempo; lo que ya constituye de por sí una gloria incomparable! Y así, aun cuando permanece en los límites de la religión tradicional, sigue siempre el camino que marca la razón, prefiriendo el Evangelio á toda tradición aislada, por mas respetable y querida que ella sea, y cualquiera que sea la consagración y el sello del afecto que hayan impreso el tiempo, y el carácter de los pueblos, en sus creencias.

A darle ese giro científico, innovador y *crítico*, á que justamente aspiran los espíritus elevados y sinceramente religiosos de nuestro tiempo, tendió Fr. Servando en toda aquella pieza oratoria, sin segundo en la época en que fuera pronunciada; (1) y en que se manifiesta, á la vez que ingenua y sinceramente religioso, lógico y filósofo erudito, y amante de la ciencia y la verdad. Porque, cualquiera que sea el valor que se dé á las *religiones positivas* por los más despreocupados entendimientos filosóficos, habrá que convenir en que en esas mismas religiones que se dividen el dominio de los pueblos cultos de la Tierra, brilla la antorcha de la ciencia, que ilumina y muestra los caminos que conducen á la Verdad!.....(2).

Muéstrase, también allí, patriota, americano, y más aún, primer revelador de aquel sentimiento *ego-altruista* nacional del criollo hispano-americano: primera señal del rompimiento que condujo á nuestra Independencia política. El sermón es, al propio tiempo, protesta contra la tiranía de la tradición religiosa, y oposición implícita al más ominoso y cruel de los yugos, el político. Queda, así, justificado el título de precursor de la Independencia nacional, que le hemos aplicado, fundándonos en este somero análisis que hacemos de los magníficos escritos del nueveleonés ilustre.

Cualquiera idea, pues, que se tenga acerca de su opinión religiosa, y de las religiones positivas en general, el pensamiento fundamental y los argumentos del sermón del 12 de Diciembre de 1794, acu-

san un patriotismo (3) profundo y acendrado: el anhelo de que la América y su patria, la Nueva-España, gozaran de las preeminencias de que se ufana el viejo mundo en religión, al discutirla, con el mismo ardor con que deseara y defendiera después la Independencia nacional; de la que fué apóstol, mártir y héroe, conforme lo veremos.

De aquí, también, que la primera protesta, según el enlace lógico de las ideas de que los sucesos humanos no son más que un reflejo, debía ser, como fué en sus labios, contra el más ominoso de los yugos, —el de la tradición religiosa— para arrojárselo luego al despotismo político, hasta el último instante de su vida! [1]

El pensamiento fundamental de ese sermón es, pues, la aurora de nuestra Independencia: el primer grito escapado del pecho oprimido de la Nueva España, que se tradujo, luego de haber pasado por los labios elocuentes de Azcárate y el Lic. Verdad, en el de *Insurrección* de Hidalgo, catorce años después, el 15 de Septiembre de 1810, en Dolores! . . . Con él quitaba la gloria que los recién llegados españoles, y opresores durísimos de la América, pretendían tener de haber predicado el Evangelio en estas vastas tierras; como si esa gloria fuese de ellos, y no de los padres de aquellos criollos oprimidos, que por boca de su egregio representante protestaban contra la dura y tradicional tiranía, encarnada en una falseada religión opresora, y en un trono despótico y absoluto. (2).

Desde esta ocasión, como lo veremos después, —ya convertido en apóstol de la Independencia, de la libertad y la República, —desenmascaró y combatió todos los poderes tradicionales, usurpadores de la soberanía del pueblo, desde el que ligaba las conciencias, como la Inquisición, (3), hasta el que cohibía las voluntades y las acciones, como el absolutismo cesarista. Y la ocasión se le presentó repetidas veces en su azarosa vida; y siempre combatió esos poderes, odiados por él, como enemigos del progreso de los pueblos, sentando y fijando definitivamente las bases que debían servir, de acuerdo con los más distinguidos publicistas, y de acuerdo también, con el progreso general del mundo, según lo mostrara el siglo XIX; el siglo de las libertades, de la democracia, de la República, de las nacionalidades y

de los gobiernos constitucionales! Pero penetremos un poco más, estudiando literariamente aquel sermón, cuya importancia y trascendentales consecuencias, así en la vida de un hombre, como en los destinos de un pueblo, son indiscutibles.

La estructura ó forma interna, —plan de los preceptistas ó retóricos, — es irreprochable: como que se deriva de una inteligencia nutrida en las eternas fuentes horacianas y las prácticas lecciones del atilado y abundantísimo caudal latino, mezclado á la unción fervorosa de la elocuencia cristiana. Desde el *exordio*, insinuante, hasta el *epílogo* bien estudiado y con los vivos tintes de la moción de afectos, que tienden siempre á exaltar la América, la Nueva España, la tierra de aquel brillante Anáhuac de Cuauhtemoc, silenciosa, muerta! . . . parecen quejas que se exalan de un moribundo: protestas de algo que se resiste á perecer, y que anhela el ser, el aliento y la vida! . . . Y á cada paso . . . la América, el Anáhuac, la tierra de nuestros padres! . . . como reclamando un lugar para ella en el escenario de los pueblos libres! . . . Y en medio de todo ello, y no obstante el carácter polemista y científico de su oratoria, un sentimiento religioso, sincero y profundo. [4]

En la *confirmación*, ó cuerpo del sermón, se advierte claramente la educación filosófica *ergotista*, empleando á profusión los *exempla á pari, á fortiori, á contrario*; los argumentos *ad hominem*, y todo aquel su arsenal de la escuela. Pero encadena con mucho arte, y con mucha habilidad, sus pensamientos, en que cada prueba forma un eslabón unido fuertemente al anterior, que le sostiene, del mismo modo que él sirve de sostén al que le sigue: arte magnífica, y habilidad rara, que solo dan la ciencia y el talento, juntamente con el ejercicio y profundo conocimiento de las leyes, y reglas, que norman el pensamiento en la producción literaria!

Sin que penetremos aun en la verdadera crítica histórica, —que será el asunto del siguiente Capítulo, —diremos aquí que el principal argumento en el orden de la religión tradicional está contenido en la *interrogación* retórica: *¿Cuáles eran esas entrañas de Madre que conservaba para el linaje de los indios, cuando durante 16 siglos los viera perderse, sin tenderles una mano compasiva, hasta que no los dominaron con la espada?* (1)

Capítulo III.

Pruebas Teológicas é Históricas del Sermón.

El magnífico sermón que sembrara el escándalo, y abriera, digamos así, la lucha entre el altivo criollo y el lengreído peninsular, y que debía terminar con la independencía del Anáhuac, contiene dos proposiciones magistralmente enlazadas, de cuya prueba y determinación científica, resultaría, como él mismo lo dice, "la mayor gloria del Anáhuac, de la patria, de la América;" y la exaltación, decimos nosotros, de la ciencia y de los principios de la crítica histórica, que aplicó de manera brillante en asunto que tanto liga los afectos, y en que arraigan con tanta y tanta fuerza las preocupaciones (1).

Sostiene, en primer lugar, que el *Evangelio* fué predicado en México, y América, siglos antes de la conquista; y luego, que la *Madre de Dios* fué venerada desde muy antiguo en el Tepeyac [2].

¿Quién había traído, en efecto, esas mil señales, que en monumentos, cruces, imágenes, pinturas, geroglíficos, tradiciones y hasta ritos, hallaron los conquistadores, y que tanto los sorprendiera durante los primeros años que siguieron á la conquista; y cuya admiración de modo tan vivo se refleja en los primitivos cronistas de estas tierras? [3]. España, con ser tan pequeña, dice, discute haber sido visitada por tres apóstoles ¿podrá ser mucho uno solo para la América inmensa, y cuya presencia explicaría los vestigios del cristianismo, en que abundaba, y que llegaron de admiración á los rudos guerreros

y piadosos catequistas: pues que debido á esas mismas tradiciones, penetraron con relativa facilidad en los fuertes imperios que hallaron establecidos en el vasto Continente!

El Evangelio debía ser predicado á toda criatura que estuviese bajo del "cielo, hasta lo más remoto del mundo," según el mandato del fundador de la doctrina cristiana á sus apóstoles ó *enviados* [4].... ¿Acaso valdrá decir que la América era desconocida? Lo cual presupone que no había habitantes en este Continente, puesto que eran desconocidos, y no habrían podido pasar del antiguo al nuevo mundo!

Valiéndose de la lingüística nahuatl y de sus profundos conocimientos de los idiomas clásicos y lenguas orientales, cuya filiación establece con aquél, avanza como probable, á suponer que ese apóstol pudiera haber sido *Santo Tomás*,—el Quetzalcohuatl de la leyenda y tradición nahoas;—(6), el *Chilamcambal* maya, y demás, que vivían como un recuerdo lejano, pero vivo, en la memoria de aquellos pueblos; lo que hace pensar que no eran vanas las palabras del gran relator con que cerraba sus enérgicos versículos: Los apóstoles *partieron á todas las partes del mundo para llevar la Buena Nueva á todos los pueblos!*—[7].

Y como fué que la Madre de Dios era venerada en el Tepeyac desde tiempos anteriores á la conquista? En las pruebas de es proposición, íntimamente enlazada á la anterior,—lo que presta á esa magnífica pieza oratoria su unidad y su belleza,—hace, sin ufanarse de ello, verdadera gala de una erudición asombrosa y de una penetración, que en opinión nuestra no tuvo en la oratoria sagrada precedente, ni ha tenido imitadores. Y si recordamos que era aún el tiempo en que dominaba el mal gusto en las letras hispanas, que se hallaban en plena decadencia desde los últimos Felipes [1], comprenderemos la fuerza del genio que abre amplios caminos, rompe las fuertes ligas que le atan al presente, y se dirige, solo y libre, por los vastos espacios de lo porvenir! Pero, sigamos el orden lógico con el somero análisis del sermón famoso.

¿Fué venerada la Madre de Dios en el Tepeyac, desde mucho antes de la Conquista? Sí, contesta el gran orador. Y los indios la lla-

maban *Tonantzin*, á que los españoles dieron después el nombre de *Guadalupe*. [1560], [2] ó sea, de una imagen de Estremadura, de la provincia de que procedían los principales conquistadores, y cuya híbrida composición manifiesta claramente el origen de los dos dominantes elementos del habla castellana. “Con su túnica blanca, resplandeciente, con manto azul, verde mar, tachonado de estrellas, y la ennegrecida Luna á sus pies,” representaban los naturales de esa tierra á su *Tonantzin* ó *Tonacayahua*; que bajo la misma forma apareció, —dice la tradición,—en la capa ó tilma de un indio, su embajador, cerca de la primera autoridad eclesiástica y conquistadora, para que le edificase un templo en aquel monte, desde donde debía significar las *entrañas antiguas* de *Madre*, y el afecto, por aquella pobre raza, por el *linaje* de aquel pobre é ignorante neófito, enviado suyo! ¿De dónde esa maternidad antigua, y ese afecto, que había mostrado siempre por el linaje del indio esclavizado, cuando hacía apenas diez años que le impusieran el pesado yugo!

Lo niega, así, el sabio dominico,—después que los más próximos y los más lejanos cronistas é historiógrafos hubieron arruinado la creencia en el relato del indio Valeriano;—y supuso que la imagen era antiquísima; que bien pudiera ser la de un primer predicador de la fé cristiana en la América; y fundándose en la lingüística y en las tradiciones relativas á los primeros apóstoles, supone que fuera el discípulo de Cristo que dirigiéndose al Oriente dejó huellas de su paso en la misteriosa India, en la inmensa China y en el vasto Continente Americano! Esta hipótesis, verdaderamente científica, y de acuerdo en todo con los principios de la crítica histórica,—tal como se entiende en lo presente,—fué cogida como arma doble para herirle con el poder colosal del español colono, que acusaba al audaz Fr. Servando de atacar las creencias tradicionales, y de arrebatar con la gloria de haber predicado el Evangelio, el principal fundamento de su dominio al Monarca Castellano en estas tierras; arrojando sobre el criollo, al propio tiempo, el fanatismo del Indio subyugado, de aquella estirpe ó *linaje* por quien mostrara la *Madre del Verdadero Dios* profundo afecto, estampándose milagrosamente en humilde ayate! . . . Contra el soberbio español se erguía el criollo!

Catorce años después venía en su apoyo el Padre de la patria; el venerable Hidalgo! . . . Entre tanto, el sabio neoleonés continuaba defendiéndose del colosal poder con su facundia inagotable, deshaciendo con el formidable ariete de su lógica la muralla de los dos mancomunados despotismos: el fanatismo religioso y el absolutismo monárquico! [!] Le veremos así: se defiende primero; después ataca. Al principio defiende solo su persona y sus derechos de religioso, de ciudadano: luego defiende á su patria y á la América; y en seguida combate, y por fin triunfa.



Capítulo IV.

Significación Patriótica del Sermón.

Crítica Histórica.

Dejamos en el Cap. anterior al neoleonés ilustre, al enérgico y altivo criollo, contra el colosal poder español; frente à frente, y erguido contra los dos despotismos,—el altar y el trono,—que en su mancomunada solidaridad, tomaban moral é intelectualmente un carácter negro, sombrío y suspicaz, que ahogaba en el régimen colonial todo asomo de independencia en las ideas, y toda manifestación de libertad religiosa en la conciencia. Allí estaban para ahogar al criollo, en cuyo sabio pensamiento, elevado, noble y profundo, y en cuya conciencia limpia y transparente, se verificaba la gestación de un pueblo, y del mundo hispano-americano; allí estaban, decimos, para estrecharlo, y sofocarlo, el Virrey, el Arzobispo, el clero secular y el regular, la inquisición, los recién-venidos peninsulares, con sus armas formidables, sus instrumentos de tortura, sus intereses pecunarios, su soberbia y sus tradiciones inveteradas; y tras de todo esto: la muchedumbre fanatizada, impuesta á la obediencia y al yugo, y acostumbrada á seguir á su señor, á su pastor cruel, sin caridad y sin conciencia: perdida, con el trato mundanal, la mansedumbre del poder que inmortalizara y santificara al Mártir sublime del Gólgota!

Todo ese mundo de absolutismos, de preocupaciones, de bajos intereses y de egoísmos, arrojó el antiguo poder colonial sobre el arrogante y audacísimo criollo. *Hoc opus, hic labor erat.*

Aparentemente, el criollo era el débil; estaba aislado: era un pequeño átomo espiritual que se desligaba de la masa común de las ideas de su tiempo, y que tendría que desaparecer, aniquilado por la fuerza incontrastable del volumen y de la densidad de las tradiciones y costumbres, de los intereses y egoísmos, de los engrimientos del orgullo y de la impunidad . . . ; pero, en el fondo, no! Ese átomo, ese rayito de luz intelectual, era la materia cósmica de un mundo que se condensaba, que pugnaba por formarse, y crecer y desarrollarse en ese vasto mundo de la idea y de la vida moral de las naciones y de los pueblos: mundo muy más vasto que el universo de la materia, que tiene por límite la extensión y que está sujeto á medida; mientras que ese otro mundo moral é intelectual, más que todos los soles luminosos, y más que todos los astros extenso, es infinito é incomedurable como Dios! Mejor dicho: es *Dios mismo*: pues que solo el pensamiento supone á Dios, y en El piensa, y en El cree y en El se satisface!

Así, Fray Servando después de ese sermón, y frente á frente del poder colonial, era el fuerte: el que se condensaba; el porvenir que tomaba cuerpo: un pueblo, más de diez naciones que anunciaban su alumbramiento por aquel pregonero de la vida de los pueblos! . . . Estaba solo! . . . ; pero venían tras de él las legiones, que sus palabras harían brotar de la tierra, como la presencia de César en Iliria antes de Farsalia . . . Estaba solo! . . . Pero . . . para eso le daba Dios,—la Providencia de los pueblos,—aquel verbo de fuego, aquella ciencia inagotable, aquella erudición prodigiosa, aquel ingenio penetrante; y, con aquel pensamiento audaz y profundo, aquella voluntad, y aquel valor indomable que le llevara á oponerse á todos los despotismos; á los que combatió, y ridiculizó, y humilló, hasta el postrer momento de su vida.

Que de parte de él estaba la ciencia, la fuerza y el poder,—el verdadero poder y la verdadera fuerza, los del porvenir,—lo demuestra claramente la crítica histórica que hace y practica el célebre Do-

mínico en su defensa, y defensa del sermón que por bien de la América y la Patria predicara el 12 de Diciembre de 1794. Junto á su ciencia y sus palabras luminosas aparecen los desgarrados y endebles argumentos de los corifeos del poder colonial como velo de tinieblas, que el gran lógico deshace con la antorcha de su crítica; más profunda y más seria que la de Voltaire, y menos maligna, porque es sincera! Para hallarla igual, necesitamos recorrer muchos años en el mismo viejo mundo, hasta los Müller, Niebur, Grotto, Taine, Laurent, Quinet y Thiers.

Da lástima verdaderamente ver á aquellos dignos representantes de la ignorancia y superstición humanas, oponer á la razón pura, representada en el criollo, la comedia del *indio Valeriano*; á él que sigue los magestuosos pasos del cristianismo, pesando y discutiendo con su alto criterio razones, causas, motivos, fundamentos, principios, resultados; estableciendo siempre filiaciones, sin romper en ese laberinto el hilo de oro del razonamiento! El Evangelio, los Padres de la Iglesia, derecho canónico, derecho público, arqueología, lingüística, indumentaria, costumbres, psicología y carácter é idiosincracia de conquistadores y conquistados: todo aplica, desmenuza en su análisis; y conforme á él concluye, y concluye de modo irrefutable!

¿Qué dijeron Betancourt, Lazo, Florencia, Sánchez, Sahagún, Bartolache, Boturini, Veitia, Borunda; qué los testigos oculares, y qué, los de tiempos posteriores! ¿Quién fué el que forjó el primer relato; en qué testimonios se funda, y qué crédito merecen esos testimonios [1]! ¿Cuál era el carácter de los indios, y cuáles sus tradiciones y costumbres! ¿Cómo vestían, cuál era su habilidad en la pintura, y en qué género de obras sobresalían en esta bella arte? Después de todo esto, y de probar con la lingüística, con la epigrafía, con la arqueología nahuatl, con la filiación lógica de los sucesos generales, con la deducción precisa y legítima de premisas solidísimas sus avanzadas teorías y opiniones, concluye con aquel canon de crítica que por sí solo bastaría para demostrar la justeza de su razón y la exactitud y el vigor de su criterio. “Si un autor”, dice nuestro sabio, cuenta un hecho sesenta ú ochenta años anterior al tiempo en que escribe—vida regular de un hombre, especialmente desde que

puede formar idea cabal de las cosas, para trasmitir su noticia con discernimiento á la posteridad,—ó nos ha de decir á quién lo debe, para pesar su testimonio, ó nos ha de dispensar de darle crédito. . . . pues no es testigo” . . . [2] Y respecto del hecho mismo, el gran criollo se eleva con las poderosas alas de su crítica por cima de los *veintición milagros de apariciones* de la Virgen, *Río de los lobos*, á la altura en que el talento desaparece para dar lugar al genio, en la ciencia ó el humano conocimiento! No! . . . ni el Arz^o Haro, ni el Dean, ni capellanes, ni nadie creía en lo que él negaba, y . . . de intento, para mayor gloria de la verdadera religión, de la patria, de la América, del Santuario, y de aquel oprimido linaje por el que la antigua *Tonantzin* daba á conocer *sus entrañas de antigua madre*! . . . No! . . . eran demasiado mundanos, y demasiado opresores, para tener la fé sencilla que se deja llevar por las alas tan poderosas, por opuesto motivo, como las del genio . . . No! . . . eran demasiado egoístas, y estaban demasiado interesados en el dominio y la opresión de aquel desherado *linaje* para que concediesen tan grande importancia á un análisis de la tradición, que favoreciera á la deprimida raza! . . . No! . . . lo que sucedió,—y aquí reside su previsión y admirable conocimiento de los hombres y de las cosas,—fué que vieron claro que el criollo, que aquel fraile venido de un pueblecillo oculto entre las estribaciones de aquella soberbia Sierra Madre Oriental, cuyas nevadas cimas como que tienden á perderse libremente entre las nubes, tocando la encumbrada boveda del cielo . . . ; que aquel criollo atrevido, desmenuzaba los fundamentos del pasado dominio, condenados en egoísta é interesada religión mundana, y en fingidos y falsos títulos que la predicación de la doctrina sublime del *Maestro*, no puede dar! Doctrina de paz, de caridad, de amor y de igualdad, de que los dominadores y los déspotas de todos los tiempos son las antítesis vivientes!

Lo que deseaban y querían era aplastar al criollo, antes de que prendiera y se desarrollara y creciera y fructificara aquella semilla, que bien pronto iba á vivir en el verbo de Azcárate y Verdad, y en las armadas muchedumbres dirigidas por Hidalgo, Morelos, Allende y la pléyade gloriosa de nuestra Independencia con la imagen de la *Tonantzin* por Enseña [1]: que ya entonces mostraría de modo osten-